



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

Sobre las relaciones intersubjetivas: la búsqueda de lo absoluto y el anhelo de esclavitud en Sartre y Bataille

Alan Patricio Savignano (UBA)

Abstract

Según Jean-Paul Sartre en *L'être et le néant*, las relaciones intersubjetivas se caracterizan por ser una lucha de dominación en aras de una fundamentación de la subjetividad. Puesto que la libertad ajena es la única con el poder de trascender otra libertad y fundarla, comienza así una lucha incesante, en donde cada subjetividad se defiende de la mirada asediante de otra. No obstante, el placer erótico parece ser el paradigma de fenómenos intersubjetivos por los cuales la subjetividad desea ser objetivada. George Bataille asevera que paralelamente al deseo de trasgresión existe un menester de interdicción, que posibilita el placer mismo. De este modo hay asimismo en el individuo una inclinación hacia un ser-pasivo, un ser-objetivo, un ser-prohibido, un ser-encarnado. El cuerpo, y así también lo considero en parte Sartre, es el punto de convergencia en el cual el modo subjetivo de trasgresión y el modo objetivo de prohibición se dan cita.

Introducción

Según Jean-Paul Sartre en *L'être et le néant*, las relaciones intersubjetivas se caracterizan por ser una lucha de dominación en aras de una fundamentación de la subjetividad. Puesto que la libertad ajena es la única con el poder de trascender otra libertad y fundarla, comienza así una lucha incesante, en donde cada subjetividad se defiende de la mirada asediante de otra. No obstante, el placer erótico parece ser el paradigma de fenómenos intersubjetivos por los cuales la subjetividad desea ser objetivada. George Bataille asevera que paralelamente al deseo de trasgresión existe un menester de interdicción, que posibilita el placer mismo. De este modo hay en el individuo

una inclinación hacía un ser-pasivo, un ser-objetivo, un ser-prohibido, un ser-encarnado. El cuerpo, y así también lo considero en parte Sartre, es el punto de convergencia en el cual el modo subjetivo de trasgresión y el modo objetivo de prohibición se dan cita.

La modalidad que adoptaremos para llevar acabo nuestro análisis será la siguiente: en primer lugar, recortaremos una selección de citas pertinentes de las obras fuentes. En segundo lugar, daremos lugar a una exégesis de éstas por nuestra parte. Este método, como toda toma de posición hermenéutica, tendrá recortes arbitrarios y replicables; no obstante violentar un texto es la vía la manera óptima de obtener más que su literalidad.

El secreto de mi ser en las manos del otro

Empecemos nuestras reflexiones exponiendo la concepción sartreana de las relaciones intersubjetivas.

“El prójimo guarda un secreto: el secreto de lo que soy. Me hace ser y, por eso mismo, me posee, y esta posesión no es nada más que la conciencia de poseerme. Y yo, en el reconocimiento de mi objetividad, experimento que él tiene esa conciencia. A título de conciencia, el prójimo es para mí a la vez lo que me ha robado mi ser y lo que hace que «haya» un ser que es el mío. Así, tengo la comprensión de esta estructura ontológica: soy responsable de mi ser-para-otro, pero no su fundamento; mi ser-para otro me aparece, pues, en forma de algo dado y contingente.” (Sartre, 1996, 389)

La estructura ontológica del *être-pour-autrui* es estudiada por Sartre en el capítulo de “La mirada” en la obra *L’être et le néant*. Esta estructura se presenta, en primera instancia, como una presencia que interfiere en nuestra relación primaria con el mundo. Para comprender la cita precedente, reconstruiremos en parte el análisis de Sartre sobre el *pour-soi* en soledad. En caso de que imaginemos un hipotético aislamiento de mi conciencia en el mundo, ésta se conduciría a través de él en condición de un sumergimiento total¹. Tal conciencia se hallaría absorta en los actos intencionales que tendrían como objetivos a los objetos del mundo. En lo que respectaría a los actos reflexivos, estos resultarían frágiles, inestables, desposeídos de un objeto sólido que conservase su identidad y objetividad; pues, la *conciencia irreflexiva* pondría en cuestión constantemente todo intento de constituir un “yo” estable que llene de contenido objetivo a la subjetividad. Imposible sería conformar un ámbito inmanente, puesto que la conciencia se hallaría plenamente lanzada al exterior hacia los objetos trascendentes mundanos no-yoícos. Por su carácter de trascendencia, mi conciencia no se identificaría con las cosas, y así no se identificaría con nada. A partir de estas consideraciones, Sartre asevera: “Soy lo que no soy y no soy lo que soy.”

¹ Cf. Sartre, 1996, 287-288.

En este estado de perdido en el mundo, el *pour-soi* carecería de toda posibilidad de volverse *círculo*, captarse en una visión totalizadora y cerrarse en sí. No obstante, sucede que la conciencia no está sola en su relación con los *en-soi* mundanos, y en su íntimo flujo de vivencias se percata de una presencia amenazante *que la mira*. Es el prójimo un modo de ser *adherido*² al *pour-soi*, que ostenta de la capacidad de conocer, de determinar y de cristalizar mi existencia en primera persona, anteriormente no ligada de forma consistente con sus particulares *realizaciones*. Ese otro dona a mi conciencia la posibilidad de ser *algo*, de encerrar lo que soy en un objeto con características fijas. Se originan así en mí los gestos, que siempre se están dirigidos a otro, y los actos se enriquecen con intenciones que los justifican. Aparece también la previsibilidad de mis acciones. En suma, se da muerte a esa libertad absoluta que yo era –la totalidad inabarcable de posibilidades proyectadas.

He aquí que la subjetividad ha surgido como algo, como un ente, como una cosa. Su ser, que era, en su soledad, pura relación de trascendencia, es él mismo trascendido y toma la forma de *en-soi*. Mas, esto que se es por el otro es un *secreto* para mí. El secreto no lo conozco, no lo alcanzo, está *afuera* de mi rango cognitivo. Cómo me ve el otro, es una representación que únicamente el prójimo posee, debido a que el prójimo devino el fundamento de mi yo coagulado, antes conciencia traslúcida. Algo ha nacido de mi propia subjetividad gracias al otro: un «*mí-mismo*» que no se excede, que se encuentra contenido por una libertad externa que lo abarca en una *mirada*.

“Nada puede limitarme, en efecto, sino el Prójimo. Este aparece, pues, como aquello que, en su plena libertad y en su libre proyección hacia sus posibles, me pone fuera de juego y me despoja de mi trascendencia [...]” (Sartre, 1996, 314).

Ese nuevo ser concreto que se es, es por definición inalcanzable para la conciencia, puesto que el *pour-soi* ajeno no está en el mundo, en el área de lo que yo puedo conocer, en el plano de los objetos; por el contrario, está más allá del mundo, por ser él mismo una conciencia trascendente.

Ahora bien, el *pour-soi* alienado y amenazado por la *mirada* ajena reacciona contra ella; anhela recuperar la libertad perdida y dejar de ser una trascendencia cristalizada; ensaya devenir una vez más en trascendencia constituyente. El *être-pour-autrui* surgió como un hurto de un modo de ser de la subjetividad, i.e. el «*mí-mismo*», sin embargo esta

² Utilizo la palabra “adherida” porque para Sartre se podría pensar la alternativa de un *pour-soi* que no posea la estructura del ser-para-otro, aunque ese *pour-soi* no sería hombre. Las posibilidades de interpretar esta afirmación son múltiples y no interesan al estudio aquí en cuestión. Solamente remitimos a la fuente: Cf. Sartre, 1996, 309.

contingencia de posesión de un «*mí-mismo*» por el otro abrió un camino inestimable para la subjetividad: la posibilidad de fundamentarse a sí misma.

Recuperación del secreto de mi ser. Apropiación del Otro

“El para-sí como nihilización del en-sí se temporaliza como huida hacia. En efecto, trasciende su facticidad –ser dado o pasado o cuerpo- hacia el en-sí que sería, si pudiera, ser su propio fundamento.” (Sartre, 1996, 387).

Como aseveramos anteriormente, la conciencia es primariamente trascendente, es decir, es intencionalidad o huida hacia lo *en-soi*. De ahí que sus dos modos de ser más generales sean: la existencia, ser sin ninguna justificación, y ser-proyecto, existir como tal punto de vista. La segunda de sus estructuras ontológicas primarias se ancla en la «*situación*», y, asimismo, el lugar de donación de la «*situación*» es el cuerpo propio: ser un particular punto de vista del mundo es ser cuerpo. El cuerpo contiene el orden en que se me es dado el mundo y sus conexiones entre los entes cósmicos. Lleva consigo también todo mi pasado, guarda en sí mismo todas las propiedades genéticas que fui adquiriendo a lo largo de mi vida.

Visto lo anterior, Sartre concluye que el gran problema fundamental de mi ser es que lo que soy, esta facticidad encarnada, lo soy sin razón y lo soy «poniéndolo perpetuamente en cuestión», *nihilizándolo contantemente para captar de nuevo al para-sí en ese mismo trascender*. En cada uno de mis actos intencionales se trasciende todo objeto intencionado, incluyendo el cuerpo propio, y esto se da paralelamente a la negación, por parte del cogito prerreflexivo, de la identificación con el polo objetivo de todo acto.

Pero sin embargo, he aquí que el prójimo, que se presento primero como amenaza, se revela ahora como la posibilidad de darme fundamento. Quiero ser idéntico a mí mismo y terminar de una vez por todas con esta existencia quebrada de incesante exceso. La libertad ajena logró este fin, trascender mi trascendencia inagotable y hacerla estática. Con el otro surge la alternativa de concluirme e identificarme con mi existencia detenida, pero, para eso, es necesario que yo me apropie de su libertad fundante.

“[...] el para-sí quiere identificarse con la libertad ajena como fundamento de su ser-en-sí. Ser prójimo para sí mismo – [...] – es el valor primario de las relaciones con el prójimo.”
(Sartre, 1996, 390).

La imposibilidad del amor: el afán del amante de ser un absoluto

En los estudios sartreanos, el amor es un caso ejemplar de las relaciones concretas con los otros –y yo diría también que es el intento más ambicioso de contacto con el Otro, de cuyo fracaso pueden surgir las otras modalidades de relaciones intersubjetivas. El amor es el intento de absorber la alteridad en su propia naturaleza –en tanto el alter es *Mirada*– y así poder restablecer y alcanzar ese «mí-mismo» idéntico que es mío pero me huye:

“A la vez, para que el amado pueda amarnos, ha de estar dispuesto a ser asimilado por nuestra libertad, pues ese ser-amados que anhelamos es ya la prueba ontológica aplicada a nuestro ser-para-otro. Nuestra esencia objetiva implica la existencia del otro y, recíprocamente, la libertad del otro funda nuestra esencia. Si pudiéramos interiorizar todo el sistema, seríamos nuestro propio fundamento.

Esto es, pues, el objetivo real del amante, en tanto que su amor es una empresa, es decir, un proyecto de sí-mismo.” (Sartre, 1996, 396).

Ya nos acercamos al punto crítico de las relación con los otros y, al mismo tiempo, a la incisión que nos distanciará de las convicciones sartreanas. El amar es el esbozo del *pour-soi* en su empresa de identificarse con la libertad ajena como fundamento de su *être-en-soi*. El propósito del amor es inconmensurable, ya que el amante no quiere poseer al amado como se posee una cosa, sino que codicia que la libertad del otro se determine por sí misma a convertirse en amor, que desee por sí misma su propio cautiverio. En términos ontológicos, el *pour-soi* que quiere ser amado busca devenir un límite trascendental *a priori* de la libertad ajena que determine el modo en que esta última existe en el mundo³.

“[...] si el otro me ama, me convierto en el que no puede ser trascendido, lo que significa que debo ser el fin absoluto; en este sentido me salvo de la utilidad; mi existencia en medio del mundo se convierte en el exacto correlato de mi trascendencia-para-mí, puesto que mi independencia queda absolutamente salvaguardada. El objeto que el otro debe hacerme ser es un objeto-trascendencia” (Sartre, 1996, 393).

El final de esta historia ya fue escrito por Sartre y es el fracaso de esta tentativa, dado que condicionar una libertad ajena *a priori* para devenir mi subjetividad en un fin absoluto o límite insuperable para otra *ipseidad*, es imposible. Una libertad no puede asimilar otra libertad; pues esta empresa amorosa busca la libertad alienada, una contradicción ontológica para Sartre: “los amantes siguen siendo cada cual para sí en una subjetividad total: nada viene a revelarse de su deber de hacerse existir cada uno para sí: nada viene a suprimir su contingencia ni a salvarse de la facticidad.” (Sartre, 1996, 401). Sin embargo, la conclusión del proyecto amoroso resulta baladí para este trabajo, aunque nos fue de gran utilidad para introducirnos al problema: Nuestra crítica a Sartre se inserta ya

³ Cf. Sartre, 1943, 392.

desde el punto de partida del análisis de las relaciones con los otros y versa sobre una anhelo humano de condicionamiento y esclavitud.

Moralidad en Sartre. El hombre también busca la esclavitud

El eje principal en que discrepamos aquí con las consideraciones del filósofo existencialista es sobre la tendencia ontológica del *pour-soi* respecto a una auto-fundación con características egoístas. Creemos que la vida del sujeto no busca su constitución partiendo de sí misma y con la utilización de la libertad ajena como intermediario para cerrar en círculo el perpetuo trascender que es. El amante no reclama el dominio del Otro, esto es condicionar *a priori* su proyecto de posibilidades enfocándolas todas en el amado como horizonte de su vida. El hombre, y adviértase que el hombre para nosotros es más que una subjetividad pura, se lanza a la vida también como entrega, se deja determinar por Otro sin la reapropiación de sí mismo, sino con el disfrute mutuo que nace desde la prohibición que permite un contacto original con otra existencia. En la discontinuidad que somos cada uno, en el estar separados por una nada insondable, se halla el secreto anhelo de obtener una continuidad con el Otro y no una separación o posterior absorción del Otro, que al fin y al cabo sólo concluiría en su desaparición.

Entonces, con reminiscencias levinasianas afirmamos que la ontología sartreana esconde en su corazón cargas morales: concretamente, el cavilar al *pour-soi* como un punto de gravedad que absorbe todo y quiere fundamentar todo en búsqueda de su «ser-absoluto». Al contraponerse a una existencia alterna, su reacción es de defensa⁴ y reincorporación de su sí-mismo hurtado por otro *pour-soi*. El prójimo me da la prohibición, me revela la contingencia, me hace manifiesta la carne, condiciona mis probabilidades, da muerte al proyecto indeterminado que soy y me hace devenir trascendencia-trascendida. ¿Pero es acaso esto estrictamente negativo? Donde hay prohibición, hay una incitación de trasgresión, sin ser esta última la reapropiación de todo lo vedado, sino el disfrute que el mismo interdicto posibilita. Nuestro despego con Sartre nos arrima a los estudios de George Bataille sobre el erotismo. Si se nos concede manipular y forzar un poco los textos, podremos dialogar con Sartre y Bataille sobre el erotismo como paradigma para empezar a comprender las relaciones intersubjetivas.

La subjetividad erótica: revaloración de la prohibición

⁴ Es interesante advertir el tinte negativo que sobrevuela en las páginas del capítulo *La Mirada* cuando se introduce la estructura del ser-para-otro. Sartre se refiere a sentimientos como vergüenza, malestar, estar constantemente en peligro, alienación y muerte de mis posibilidades (Cf. Sartre, 1996, 289, 295, 302). Asimismo son destacables los ejemplos de alerta y temor que utiliza para ilustrar estos templos de ánimo: Espiar una puerta, encontrarse en la mira de un franco tirador, entre otros. (Cf. Sartre, 1996, 288, 303).

“[...] en el deseo, la conciencia elige existir su facticidad en otro plano. No la rehúya más, sino que intenta subordinarse a su propia contingencia en cuanto que capta otro cuerpo –es decir, otro contingencia- como deseable. En este sentido, el deseo no es sólo el develamiento del cuerpo ajeno, sino la revelación de mi propio cuerpo.” (Sartre, 1996, 413)

En el erotismo “[...] el ser se pierde objetivamente, pero entonces el sujeto se identifica con el objeto que se pierde. Si hace falta, puedo decir que, en el erotismo, YO me pierdo. [...] la perdida voluntaria en el erotismo es flagrante: nadie puede dudar de ella.” (Bataille, 2009, 35).

¿Qué podemos extraer para nuestra línea de exégesis de esta pequeña plática literal entre Bataille y Sartre? Como primer punto, vemos algo novedoso respecto a las observaciones anteriores acerca de las relaciones concretas para con los otros: una inclinación voluntaria del hombre-sujeto hacia la objetividad, hacia el cuerpo, hacia la contingencia. La subjetividad que antes era pura violencia que rompía con todo lazo objetivo de repente se quiere volver pasiva y se presenta ante Otro encarnada. ¿Y por qué esto? O también podemos indagar, ¿para quién sucede esto? Es debido al Otro, que paralelamente se vuelve carne conmigo, que mi subjetividad deja ver en ella una tendencia a un modo de ser pasivo. Para que dos sujetos se encuentren en un estado erótico, deben identificarse como cuerpos. Esa parte de mi ser que siempre fue considerada impropia, lo primero nihilizado y trascendido; ahora se identifica con mi subjetividad en una pérdida de diferenciación. Entonces, retomamos la pregunta desde otro ángulo: ¿Para qué devenir carne? Y junto con Bataille contestamos: El fenómeno del erotismo no se reduce a una mera violencia trasgresora, aunque sea ésta un factor relevante, sino que para que exista la infracción debe darse conjuntamente una interdicción. La prohibición que condiciona y estrecha nuestra libertad es la condición para que se dé el deseo sexual. Una libertad que desea sin obstáculos es, en realidad, una libertad que no desea⁵. Y este pensamiento lo tiene muy en claro también el mismo Sartre⁶. Ese estrechamiento que genera la carne con respecto a la absoluta libertad de la subjetividad es más bien un ensanchamiento que da acceso al modo de vida erótico y también a otros modos de vida.

⁵ “Pero si la conciencia debe ocuparse justamente de los movimientos confusos de la violencia, eso implica que para empezar debiera haber podido constituirse al abrigo de las prohibiciones; y esto supondría, además, que podríamos dirigir la luz de esa conciencia al abrigo de esas mismas prohibiciones sin las cuales no existiría.” (Bataille, 2009, 42).

⁶ “[...] el cuerpo, [...], es una condición necesaria de mi acción; en efecto: si los fines que persigo pudieran alcanzarse por un puro deseo arbitrario, si bastara desear para obtener y si unas reglas definidas no determinaran el uso de los utensilios, no podría distinguir nunca en mí mismo el deseo de la voluntad, ni el sueño del acto, ni lo posible de lo real.” (Sartre, 1996, 354).

Comprendemos mejor a esta altura que, en efecto, la fuerza trasgresora tiene por fin natural levantar el interdicto; pero, sin suprimirlo, *para gozar de él*. No es que la ley que interdicte y repele, se destruce al trasgredirla; si sucediera eso, se desvanecería al instante todo estado de deseo. Hay cierta complicidad con la ley que debe permanecer vigente en todo momento. El imperativo que restringe siempre debe prestar resistencia a los actos de violencia del hombre, angustiando y pavorizando a éste último.

El cuerpo, juzgamos nosotros aquí, es el origen y eje de toda prohibición en el erotismo: delimita nuestro marco de acción, pone barreras a nuestras perversiones, además tiene en sí mismo configuraciones culturales y sociales como afirmarían Michel Foucault. A la par, es para Sartre esa primera facticidad conectada con lo en-sí, pero que de alguna manera es una estructura necesaria de mi existencia: Contingencia necesaria o facticidad de mi trascendencia. Con él se me adjunta todo un pasado y una situación para el desenvolvimiento de mi ser-proyecto. Para Sartre el deseo sexual es la instancia donde esa contingencia necesaria se hace más patente.

“[...] en el deseo sexual la conciencia está como empastada; parece que uno se deja invadir por la facticidad, deja de rehuirla y se desliza hacia un consentimiento pasivo al deseo. En otros momentos, parece que la facticidad invade la conciencia en su propia huida y la hace opaca a sí misma. Es como un levantamiento pastoso del hecho.” (Sartre, 1996, 412).

Ese ser pastoso y opaco del que habla el autor de *L'être et le néant* prepondera lo que vinimos bosquejando más arriba: El cuerpo es el punto de unión entre el modo de ser sujeto y el modo de ser objeto. En él se da la interdicción y paralelamente la alternativa de violentarla. En el caso particular del erotismo, se destaca la disolución que sufre la conciencia con su facticidad que, anteriormente, siempre fue rechazada o rehuida. Debe quedar en claro que aquí siempre nos estuvimos refiriendo a los dos cuerpos involucrados –el propio y el ajeno- en el deseo sexual, porque el surgimiento del Yo como carne se da conjuntamente con el surgimiento del Otro como carne según Sartre. La corporalidad ajena también resulta ser sede de prohibición y trasgresión para mí. Lo que es más, las dos corporalidades se dan juntas y se hacen ser juntas. Y si se desean, no es porque cada *pour-soi* se lanza a una empresa totalizadora que pretende absorber al otro para absolutizar su propia ipseidad: nada de eso. Desear es de igual forma entregarse, dejarse objetivizar, condicionarse mutuamente para hacer surgir la posibilidad de una trasgresión. La muerte de mis posibilidades encarna y da lugar al deseo erótico. Incluso, se busca en el erotismo la muerte de uno mismo, porque el YO quiere perderse en ese objeto al que se identifica. El ego mismo anhela deshacer todo lo que lo diferencia, su discontinuidad con los otros seres humanos, para eliminar esa separación abismante que los separa de los otros. Como asevera Bataille, la continuidad de la vida está íntimamente relacionada

con la figura de la muerte: “[...] *el erotismo es la aprobación de la vida hasta la muerte.*” (Bataille, 2009, 15).

Últimas palabras

A fin de cuentas, creo que hemos cumplido con nuestra intención inicial de comprender los componentes vitales involucrados en el erotismo como paradigma para entender las relaciones intersubjetivas. Pusimos en claro que no compartimos las tesis de Jean-Paul Sartre acerca de la tendencia ontológica del *pour-soi* respecto a la búsqueda de una autofundamentación. El corolario de esta tesis en las relaciones con los Otros es el intento de apropiarse de la libertad ajena para que el *pour-soi* en primera persona gane su modo de ser en-sí. Esto para nosotros resultó insostenible. Las relaciones humanas, y en especial las relaciones sexuales, demuestran que paralelamente al deseo de trasgredir acompaña una intención contraria al deseo de ser absoluto o pura trascendencia: una inclinación hacía un ser-pasivo, un ser-objetivo, un ser-prohibido, un ser-encarnado. Inclusive reinterpretemos el cuerpo en el deseo sexual como el punto de convivencia entre los modos de ser objeto y ser sujeto en el hombre. Así, espero que hayamos logrado haber aportado nuevos puntos de investigación al problema de las relaciones intersubjetivas y el erotismo.

Bibliografía

BATAILLE, GEORGE. *El erotismo*. Sarandí, Provincia de Buenos Aires. Ed. Tusquets Editoriales S.A., 2009.

SARTRE, J-P. *El ser y la nada*: Ensayo de ontología fenomenológica. Barcelona. Ed. Altaya, 1996.